

institucionales y el limitado reconocimiento otorgado a la experiencia y las habilidades de las mujeres. Las presunciones acerca de su «falta de capacidad» también suponen un obstáculo importante para la plena participación de las mujeres.

Después de todo, el factor más importante de cara al futuro consiste en cambiar realmente las mentalidades. Las organizaciones y redes de mujeres mediadoras podrían contribuir de forma muy positiva y tangible para lograr ese cambio.

Los jóvenes impulsan la Acción por el Clima

Najib Saab. Secretario general del Foro Árabe para el Medio Ambiente y el Desarrollo

El movimiento Juventud por el clima, iniciado en 2018 por la estudiante y activista sueca Greta Thunberg, ha provocado hasta ahora una respuesta muy positiva entre jóvenes estudiantes de numerosos países, que han organizado una serie de huelgas, marchas y protestas para instar a los gobernantes –cuyas respuestas, a veces, han sido significativamente airadas–, a detener el calentamiento global y el cambio climático con políticas efectivas a largo plazo. Sin embargo, en los países árabes, que son especialmente sensibles al cambio climático, la respuesta de los jóvenes no ha sido igual de entusiasta. Aunque ha habido buenas intenciones, estas no se han traducido en acciones visibles, de modo que los estudiantes apenas han participado en las protestas mundiales. Transformar la conciencia en acciones reales y significativas en favor del cambio climático constituye, pues, uno de los retos actuales más importantes de la sociedad civil en los países árabes.

Cuando, durante el verano de 2018, la estudiante sueca de dieciséis años Greta Thunberg inició una huelga en solitario para exigir una serie de acciones más comprometidas para afrontar el cambio climático, decidió sentarse cada día enfrente del Parlamento sueco de Estocolmo para llevar a cabo su protesta. Por entonces no esperaba que esa vigilia desplegara todo un movimiento de protesta a escala mundial, llamado Juventud por el clima. Sin embargo, durante los meses siguientes, las protestas se extendieron por más de un centenar de países y millones de estudiantes de secundaria y universitarios participaron en huelgas por el clima, que se extendieron desde Alemania, Bélgica y Gran Bretaña hasta Australia, Japón y Estados Unidos.

En diciembre de 2018, Greta se dirigió a los líderes mundiales en la Cumbre del Clima de las Naciones Unidas, en Polonia. En su discurso, Greta les pedía que dejaran de comportarse como niños irresponsables. Más tarde, en enero de 2019, empujó a los empresarios y líderes del Foro Económico Mundial de Davos a dejar de ignorar los principios

humanitarios fundamentales mediante la destrucción de las riquezas naturales en todo el mundo, motivada únicamente por el ansia de generar más beneficios.

Debido a que el aluvión de protestas se extendió por 123 países, en marzo de 2019 la iniciativa ya había crecido hasta transformarse en un movimiento global que no podía seguir ignorándose. Era la primera vez que los estudiantes salían en masa a las calles en defensa del medio ambiente, ya que los movimientos surgidos hasta entonces de cariz similar clamaban contra las guerras y en favor de la paz, sobre todo durante la época de la guerra de Vietnam. En este caso, el informe científico del Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático aparecido en octubre pudo haber encendido las protestas. Este informe afirmaba que solo nos encontramos a doce años de poder emprender acciones para prevenir las consecuencias catastróficas del aumento global de la temperatura, que asciende a más de 1,5 grados.

Los estudiantes consideran que los líderes empresariales y los gobiernos están paralizando

y retrasando de forma deliberada las acciones necesarias para asumir el reto de detener el cambio climático. En respuesta a algunas peticiones oficiales para que los estudiantes vuelvan a clase a «hacer los deberes», estos han pedido a los representantes gubernamentales que sean ellos quienes hagan sus deberes, es decir, que salvaguarden el derecho de las generaciones futuras a acceder a los recursos y crecer en un entorno saludable, en vez de proteger los intereses privados de algunas empresas. «Yo haré mis deberes cuando ustedes hagan los suyos», fue la respuesta de un estudiante en Bélgica, donde el ministro se vio obligado a dimitir ante la presión de las protestas y acusaciones de incumplimiento del deber. En Alemania, otro estudiante acusó en público al ministro de industria de estar al servicio de compañías contaminantes en vez de defender los intereses de la población y las generaciones futuras.

La gente joven se está dando cuenta de lo crítica que resulta esta situación y teme por su futuro, porque tiene mucho que perder cuando los efectos catastróficos del cambio climático se hagan notar a gran escala, lo cual será muy pronto si no ponemos remedio rápidamente. Los jóvenes se plantean la vida a lo largo de toda la segunda mitad de este siglo, y no solo en un plazo de 20 o 30 años, que es la esperanza de vida más alta de la mayoría de los políticos. Durante una de las manifestaciones, un joven activista de Sydney exhibía una pancarta en la que podía leerse: «Estáis quemando nuestro futuro», lema que expresa justamente ese miedo. Las consecuencias del cambio climático, irreversibles si suceden a gran escala, van a imponer un precio muy alto que tendrán que pagar las generaciones futuras. Por ello, en estos momentos debemos otorgar a los jóvenes el derecho a decidir en este asunto.

Siempre habrá quien adopte una actitud escéptica ante las motivaciones de los estudiantes, del mismo modo que son escépticos ante el cambio climático en sí mismo. Un ministro belga declaró que tenía en su poder varios informes que confirmaban que había fuerzas exteriores detrás de las protestas, pero los servicios de inteligencia del país lo negaron y el ministro tuvo que pedir disculpas. Muchos se sorprendieron ante la imagen de los estudiantes saliendo a manifestarse bien organizados y llevando a cabo huelgas pacíficas en todo el mundo. Pero las viejas generaciones deben acostumbrarse a un nuevo

sistema de vida regido por las redes sociales, que quizá los jóvenes manejan mejor que las agencias de inteligencia. Por otra parte, los escépticos del cambio climático han recurrido a su último cartucho de defensa al enfrentarse al consenso de los científicos, que confirma que el clima está cambiando debido a las crecientes emisiones que provoca la actividad humana. Ahora se dedican a promover los, según ellos, impactos «positivos» en el cambio climático. Por ejemplo, que la sequía de algunos lugares se verá compensada por el incremento de lluvia en otros, o que el deshielo polar abrirá nuevas rutas de navegación y asegurará el acceso a nuevos recursos naturales. También se dice que cuando las condiciones climáticas del Polo Norte sean más suaves, la población de las zonas más cálidas podrá trasladarse hacia el norte para crear nuevos asentamientos en zonas anteriormente heladas.

Sin embargo, estas fantasías absurdas ignoran abiertamente el hecho de que el incremento de lluvias en algunas zonas del planeta, a causa del cambio climático, vendrá acompañado por terribles huracanes y repentinas inundaciones, por lo que no podrá producir ningún beneficio real. Tampoco podemos pedir a comunidades enteras, por ejemplo las de la región árabe, que abandonen sus tierras y sus casas en un período de cincuenta a cien años para empezar una nueva vida y una nueva cultura en el Polo Norte. Es cierto que históricamente sí que ha habido migraciones masivas de este tipo, pero siempre sucedieron de manera gradual y duraron millones de años, mientras que el cambio radical sobre el que nos alertan los científicos puede tener lugar en cincuenta años, que es la esperanza de vida estimada de los estudiantes que se manifiestan actualmente.

Existe, claro está, una gran diferencia entre los motivos de los jóvenes, con menos problemas prácticos y financieros, y cuya preocupación legítima por el futuro los lleva en estos momentos a manifestarse, y los de una generación presionada por una serie de retos cotidianos. Entre ambas partes se sitúan, por una parte, los gobiernos, que creen que el problema se puede posponer mediante políticas populistas que venden a la población beneficios a corto plazo robados de sus propias y futuras cuentas; y, por otra, los líderes corporativos, ansiosos por duplicar sus beneficios aprovechando la limitada ventana de oportunidades que queda antes de que cambien las reglas del juego.

Dos discursos sobre el cambio climático

Discurso ante la 24ª Conferencia de Naciones Unidas sobre el Cambio Climático (COP24) en Katowice (Polonia) el 3 de diciembre de 2018

Durante 25 años, una innumerable cantidad de personas han venido a las puertas de las conferencias sobre el clima de las Naciones Unidas para pedir a los líderes que detengan las emisiones. Pero, evidentemente, esto no ha dado resultado ya que las emisiones siguen en aumento.

Así que no les pediré nada.

En cambio, voy a pedir a los medios que empiecen a tratar la crisis como lo que es, una crisis.

En cambio, voy a pedir a todos en el mundo que se den cuenta de que nuestros líderes políticos nos han fallado.

Porque nos enfrentamos a una amenaza existencial y no tenemos tiempo para seguir con esta locura.

Los países ricos como Suecia deben empezar a reducir las emisiones en, por lo menos, un 15% cada año para lograr el objetivo de calentamiento de un máximo de 2° C. Uno se imagina que los medios y todos nuestros líderes no hablarán más que de esto, pero no. Nadie lo comenta siquiera.

Prácticamente nadie habla, asimismo, sobre el hecho de que estamos en medio de la sexta extinción masiva, con una extinción de hasta 200 especies por día.

Además, nadie menciona nunca el aspecto de la equidad que está claramente establecido en todo el Acuerdo de París, y que es absolutamente necesario que funcione a escala mundial. Esto significa que países ricos como el mío deben llegar a cero emisiones dentro de los próximos seis a doce años, según la velocidad actual de las emisiones, para que los habitantes de los países pobres puedan mejorar su estilo de vida construyendo algunas de las infraestructuras que nosotros ya hemos construido, como hospitales, electricidad y agua potable.

¿Cómo podemos pretender, si no, que países como India, Colombia o Nigeria se preocupen por la crisis climática si a nosotros, que ya lo tenemos todo, nos importan tan poco nuestros compromisos reales con el Acuerdo de París?

Así, cuando comenzaron las clases en agosto de este año fui a sentarme en el suelo, enfrente del Parlamento sueco. Hice huelga escolar por el clima.

Algunos dicen que debería estar en clase en lugar de hacer todo esto. Otros, que debería estudiar para ser científica en climatología y «resolver la crisis climática». Pero la crisis climática ya está resuelta. Ya tenemos los datos y las soluciones.

Además, ¿por qué iba a ponerme a estudiar para un futuro que quizá pronto deje de existir, mientras nadie hace nada para salvarlo? ¿Y qué sentido tiene aprender teoría cuando los datos más importantes claramente no significan nada para nuestra sociedad?

Hoy en día consumimos 100 millones de barriles de petróleo por día. No existe ninguna política para cambiar esto. No hay ninguna norma para evitar que sigan explotándolo.

Así que no podemos salvar el mundo siguiendo las reglas. Porque son las reglas las que tienen que cambiar.

Entonces, no hemos venido hasta aquí para rogar a los líderes del mundo que se ocupen de nuestro futuro. Ellos nos han ignorado y lo volverán a hacer.

Estamos aquí para decirles que habrá un cambio, les guste o no. El pueblo estará a la altura de las circunstancias. Y dado que los líderes se están comportando como niños, nosotros tendremos que asumir la responsabilidad que ellos deberían haber asumido hace mucho tiempo.

Discurso ante la 24ª Conferencia de Naciones Unidas sobre el Cambio Climático (COP24) en Katowice (Polonia) el 12 de diciembre de 2018

Mi nombre es Greta Thunberg. Tengo 15 años. Soy de Suecia. Hablo en nombre de Climate Justice Now. Mucha gente dice que Suecia es un país pequeño y que no importa lo que hagamos. Pero he aprendido que nunca eres demasiado pequeño para marcar la diferencia. Y si unos pocos niños pueden conseguir titulares en todo el mundo simplemente por no ir a la escuela, entonces imaginense lo que podríamos hacer todos juntos si realmente quisiéramos.

Pero para eso, tenemos que hablar claramente, no importa cuán incómodo sea. Ustedes solo hablan de crecimiento económico verde eterno porque tienen demasiado miedo de ser impopulares. Solo se habla de seguir adelante con las mismas malas ideas que nos metieron en este lío, incluso cuando lo único sensato es tirar del freno de emergencia. No son lo bastante maduros como para decir las cosas como son. Incluso con esa carga que nos dejan a nosotros, los niños. Pero no me importa ser popular. Me importan la justicia climática y el planeta. Nuestra civilización está siendo sacrificada por la oportunidad de un reducido número de personas de seguir ganando enormes cantidades de dinero. Nuestra biosfera está siendo sacrificada para que los ricos de países como el mío puedan vivir con gran lujo. Son los sufrimientos de muchos los que pagan por los lujos de unos pocos.

En el año 2078 celebraré mi 75 cumpleaños. Si tengo hijos, tal vez pasen ese día conmigo. Tal vez me pregunten por ustedes. Tal vez se pregunten por qué no hicieran nada mientras aún había tiempo para actuar. Dicen que aman a sus hijos por encima de todo y, sin embargo, les roban su futuro ante sus propios ojos.

Hasta que no se empiece a centrar la atención en lo que hay que hacer y no en lo que es políticamente posible, no hay esperanza. No podemos resolver una crisis sin tratarla como tal. Tenemos que mantener los combustibles fósiles en el suelo, y tenemos que centrarnos en la equidad. Y si las soluciones dentro del sistema son tan imposibles de encontrar, tal vez deberíamos cambiar el sistema mismo. No hemos venido aquí para rogar a los líderes mundiales que se preocupen. Nos han ignorado en el pasado y nos volverán a ignorar. Nos hemos quedado sin excusas y nos estamos quedando sin tiempo. Hemos venido aquí para hacerles saber que el cambio está llegando, les guste o no. El verdadero poder pertenece al pueblo. Gracias.

Greta Thunberg, Activista de Climate Justice Now

El logro más importante del movimiento Juventud por el clima es que ha conseguido que su voz se oiga y ha abierto una discusión crítica sobre problemas reales. Si echamos un vistazo a la historia, podremos ver que los jóvenes siempre han actuado como un agente catalizador de los cambios. Cuanto más alto protestan, más difícil resulta a los políticos hacer oídos sordos a esas protestas, porque los niños y los jóvenes de hoy en día muy pronto van a ser los que controlen el destino de esos políticos en las urnas.

Países árabes: una tímida respuesta al clima

Es sorprendente que el movimiento global de los jóvenes en favor del clima no resonara en los países árabes, donde no se aprecia ninguna respuesta tangible. Las huelgas escolares no se llevaron a cabo, y las reacciones se limitaron a una serie de declaraciones generales de apoyo procedentes de individuos y asociaciones que representaban, en gran medida, a las viejas generaciones. Aunque tenían buenas intenciones, estos activistas medioambientales se comportaron como si no quisieran otra cosa que subirse al carro.

Algunas figuras de la «vieja guardia» justificaron la ausencia de estudiantes árabes en las calles durante la huelga del 15 de marzo alegando que era mejor realizar las declaraciones sin dejar de asistir a clase, a pesar de que la huelga se limitaba a un solo día. Sin embargo, esa actitud choca con el verdadero propósito de la huelga, que es llamar la atención sobre las causas defendidas y promover el diálogo mediante la interrupción de los horarios fijos. No hemos tenido noticia de que un solo estudiante árabe se enfrentara a los políticos para pedirles que hicieran sus deberes antes de hacer él o ella los suyos, como ocurrió en Australia.

La falta de respuesta por parte de la gente joven contradice algunas predicciones anteriores muy ambiciosas y deja patente que, en los países árabes, las acciones no siguen necesariamente a las declaraciones de intenciones. Un artículo publicado por el Foro Económico Mundial como parte de las actas de la reunión anual que tuvo lugar en Davos en enero de 2019 proclamaba, ya en el título, que «La mejor

arma del mundo árabe contra el cambio climático reside en sus jóvenes». El artículo se refería al Movimiento de la Juventud Árabe por el Clima, declarado en Doha (Catar) en los meses previos a la Cumbre de Naciones Unidas sobre Cambio Climático COP18 celebrada en Doha en noviembre de 2012. A pesar de ello, solo dos meses después de que se publicara ese artículo rebosante de entusiasmo, los jóvenes árabes a los que se refería eran, por absurdo que parezca, los mismos que se encontraban ausentes de un movimiento a escala mundial que abogaba por la acción por el clima.

Cuando el Movimiento de la Juventud Árabe por el Clima arrancó en Doha, un artículo lo describió como «el nuevo grupo que iba a conquistar el verde». El entusiasmo es comprensible ante un movimiento así en la región árabe, especialmente cuando se origina en un país que lidera las emisiones mundiales de carbón per cápita. Sin embargo, las buenas intenciones no bastan para movilizar a la gente en favor de una verdadera acción contra el cambio climático. Paradójicamente, el fundador del grupo de Catar resulta ser un indio residente en Doha, y el movimiento nunca atrajo realmente a la gente de allí. Una «manifestación» llevada a cabo por el grupo durante la COP18 para exigir más acciones contra el cambio climático contó con la limitada participación de unas pocas docenas de extranjeros y resultó más bien una actuación de teatro para las televisiones internacionales que un acto destinado a influir en los lugareños y los políticos árabes para tomar medidas reales contra el cambio climático. Siete años después, con el «movimiento» luchando por extenderse por quince países árabes, no se aprecia ninguna movilización real o acción concreta.

La población árabe y los gobernantes son más conscientes de la gravedad del impacto del cambio climático, ante el cual sus países se encuentran entre los más vulnerables. Sin embargo, a pesar de que veintidós países miembros de la Liga Árabe firmaron el Acuerdo de París, no ha habido acciones en la región para afrontar de forma cohesionada los riesgos del cambio climático. Si tenemos en cuenta los retos de la escasez de agua y la seguridad alimentaria en la región árabe, que se verán agravadas por el cambio climático, cualquier enfoque serio debe estar basado en el trinomio agua-comida-energía.

Los responsables políticos de la región deberían, por tanto, revisar sus estrategias de desarrollo desde una nueva perspectiva. Los esfuerzos a nivel nacional e internacional para dirigir el reto del cambio climático nos brindan una oportunidad sin precedentes para abordar una reforma institucional muy necesaria para mantener la cohesión en el desarrollo y la implementación de las políticas. Los jóvenes deben apostar sin reparos por el apoyo a esos

cambios pero, para incidir realmente en la acción, deben organizarse a nivel local alrededor de una causa común.

El reto continúa siendo transformar la conciencia en acciones reales y atraer a los jóvenes para que puedan desempeñar un papel más activo en una sociedad libre de represión, capaz de proteger y alentar las mentes libres. El cambio no puede convivir con el miedo.

El poder de los ciudadanos en la transformación ecológica del Mediterráneo

Jérémie Fosse. Presidente de Eco-union

Varios informes científicos sobre el cambio climático que han salido a la luz últimamente nos han alertado sobre la terrible situación en que se encuentran los ecosistemas terrestres, así como las soluciones drásticas que se imponen, y que requerirán esfuerzos sin precedentes. El aumento de la temperatura global, el uso de combustibles fósiles y, en general, la economía basada en el sistema de producir-usar-tirar están destruyendo los ecosistemas terrestres a gran velocidad. El Mediterráneo es una zona especialmente vulnerable a este proceso de destrucción que, en general, se niegan a admitir las élites político económicas y las empresas industriales tradicionales. Por suerte, la sociedad civil mediterránea está tomando iniciativas que, en algunos casos, no temen enfrentarse a los gobiernos y las empresas de turno para buscar soluciones colectivas a estos retos globales y crear una sociedad más sostenible, justa e inclusiva.

En los últimos meses han salido a la luz dos informes científicos internacionales que han esbozado un futuro desolador para el planeta y sus habitantes. El Panel Intergubernamental del Cambio Climático (IPCC,¹ en sus siglas en inglés), anunció que las consecuencias y los costes del calentamiento global serán mucho peores de lo esperado. El objetivo de limitar a menos de 2°C el aumento de temperatura desde el área preindustrial, aprobado en el Acuerdo de París de 2015, podría fracasar en solo once años si no reducimos de manera drástica las emisiones de dióxido de carbono (CO₂). Y aunque se llevaran a cabo esas reducciones de inmediato, eso solo re-

trasaría –no evitaría– el calentamiento global. Las soluciones requerirán unos esfuerzos sin precedentes para reducir en un 50% el uso de combustibles fósiles en quince años y eliminarlo por completo en treinta años.

Por si todo ello no resultara ya inquietante, otro informe de la Plataforma Intergubernamental de Biodiversidad y Servicios Ecosistémicos (IPBES, en sus siglas en inglés),² nos anuncia la sexta extinción masiva de especies, a una velocidad jamás vista en la historia del planeta. Más de un millón de animales o plantas están a punto de desaparecer de la superficie del globo debido a la acción humana, el cambio de

1. <https://www.ipcc.ch/>

2. <https://www.ipbes.net/>